

OLVIDADO QUINTANA

(1772 - 1972)

EL 11 de marzo de 1857 moría en Madrid, en su casa de la calle Pontejos, 1, Manuel José Quintana. Le faltaba exactamente un mes —había nacido en Madrid, el 11 de abril de 1772— para alcanzar la alta cota de los ochenta y cinco años. «Los cadáveres son así de pesados para todo», comentaba, recordando el trance, un crítico nuestro, en uno de los últimos artículos (1962) que hemos leído sobre el poeta. Y la frase y su tono resumen la actitud que, casi desde su muerte, adoptaron los literatos españoles respecto a la figura y la obra del viejo vate. «Ese caballero jubiladísimo», llamábale el mismo crítico, remachando: «Quintana siempre me ha parecido un bisabuelo.» Camino de la Patriarcal acompaña al féretro del ilustre escritor una representación nutrida de la aristocracia, la política, el teatro, la Prensa y el pueblo de Madrid, amén de sus colegas de las Reales Academias Española y de Bellas Artes. Enlutada, Carolina Coronado —«duelo en el corazón, llanto en los ojos»— recita un poema ante la tumba; Fernández y González lee otro de Navarro Rodrigo, y Calvo Asensio presta su voz a la famosa oda a la imprenta. Cierra Castellar, brillante, preciso. Y queda allí el hombre, el poeta. Cae sobre él el olvido, que algún estudioso —Pifneyro, Pérez de Guzmán, Blanco, Alonso Cortés...— rompe esporádicamente.

Han pasado dos siglos y ni la redonda fecha de su centenario mueve voces y plumas en torno a su memoria. «Para encontrar en nuestra historia lírica igual o mayor es menester remontarse al siglo XVI y no detenerse sino ante Fray Luis de León», afirmaba Menéndez y Pelayo. «En su grandeza comienzan sus defectos: falsedad, tono hueco, orquestación de banda, falta de temblor lírico y de elasticidad en la sensibilidad poética», escribe Valbuena. Creemos que uno se pasa y otro no llega. Ni tan alto vuela el madrileño ni tan a ras del suelo que tales piedras le dañen. Quintana fue sincero: consigo y con su época. Como a Campoamor, debemos juzgarle «desde» hoy, pero «en su» hoy. Alonso Cortés le deja en su justo sitio cuando se pregunta si el poeta no sepultó adrede sus afectos íntimos y dio paso a los de ardorosa inquietud política y social, porque entendió que su época, «más que alardes de amor y de ternura, exigía candentes anatemas al despotismo y viriles espolazos al sentimiento patrio». Si sus giros y expresiones eran, entonces, «la gala suprema del lenguaje poético», ¿por qué arremeter ahora contra su ampulosidad y rebuscamiento? (Cuando Campoamor trata—y son sus propias palabras— de «bajar el diapason de la poesía», de «democratizarla», de «sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificioso de la mayor parte de los poetas antiguos», encabeza una reacción valiente, meritoria, que no debemos, un siglo después, echar por tierra con el papirotazo de un par de frases despectivas.)

*¿No siempre su honor la poesía
fundo en el muelle acento y blando halago.*

escribe Quintana. De ahí que deje invadir sus versos por «el eco grande del cla-



«Han pasado dos siglos y ni la redonda fecha de su centenario mueve voces y plumas en torno a su memoria.»

mor guerrero, / hijo de indignación y de osadía». Por otra parte, cuando encuentra en los adelantos de la cultura motivos para su canto, está intentando hacer girar las aspas de la poesía con un soplo de viento nuevo, distinto. El mismo revela, en una de sus notas a la edición de sus «Poesías» hecha en 1802, que el motivo de componer su oda «A la invención de la imprenta» («ensayo poético», lo llama), fue haber leído en el artículo «arte» de la Enciclopedia, las líneas siguientes: «Hagamos, en fin, la justicia que se les debe. Bastante se han cantado a sí mismas las artes liberales: ellas podrían ya emplear su voz en celebrar a las artes mecánicas y en sacraslas del olvido donde las preocupaciones las han tenido tanto tiempo.» Y añade: «Con efecto, además, de la invención de la imprenta, que ofrece otros mil aspectos por donde poder considerarse, la de la pólvora, la de la aguja náutica, y algunas otras son objetos que pueden enriquecer la poesía de una infinidad de bellezas originales.»

«Bellezas originales». He aquí lo que Quintana buscaba con la incorporación de una temática insólita. También, «enrique-

cer la poesía». ¿Con versos de esta índole? «Con tales quejas el Olimpo hería, / cuando en los campos de Albión, natura / de la viruela hidrópica al estrago / el venturoso antídoto oponía.» («A la expedición española para propagar la vacuna en América.») En la dedicatoria a Toribio Núñez, de la citada edición de 1802, Quintana reconocía la distancia existente entre la acertada elección de un asunto y su feliz desarrollo, y tras aludir a sus escasas fuerzas para manejar con tino los que se propuso, concluía: «Pero al fin, aunque el buen gusto y la crítica literaria me condenen, el juicio y la moralidad deberán ser más indulgentes conmigo.» Cuando en la edición de 1813 trueca su dedicatoria a Núñez por otra a Cienfuegos —y bien poderosas razones tuvo para hacerlo—, habla de la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destruyan y corrompan. La amistad, la hermosura, los talentos, los grandes espectáculos de la Naturaleza, la exaltación de los descubrimientos que ennoblecen la especie humana y el desprecio por cuanto profane la dignidad de las artes, son sus claves. Oigámosle:

*y si queréis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del universo sea*

(«A la invención de la imprenta»)

Pese a su gala, Quintana se nos muestra preocupado por el «qué», más que por el «cómo». Parece trazar el esquema de unas ideas matrices—patria, libertad, progreso...—y pone a su servicio la poesía. «A la hermosura», «La danza» y «A Célida»... son como oasis en su obra. Tampoco puede resistir hacerse eco de otras voces mayores: «Era de mayo el más hermoso día, / cuando naturaleza ostenta ufana»... (Góngora), «aquella pura y encendida rosa»... (Ríoja), «fácil un tiempo mi clamor oías» (Villegas)... Pero, al cabo, el poeta déjase llevar por su intención primigenia, por su ruta previamente marcada. De aquí que alguien dé en llamarle «poético cerebro de piedra»; de aquí también que Cueto, con larga resonancia posterior, le nombre poeta de una sola cuerda en su lira; sin ser del todo justos. Y es curioso que en su prosa venza, en cambio, el literato al erudito. Reconocida es su sonoridad, su elegancia; ponderada, su agudeza crítica; sus «Vidas de españoles celebres» se han citado como «la más neta y lozana muestra del estilo literario español en la primera mitad del siglo XIX».

Evocamos al escritor. Callamos del hombre, del patriota, del político, perseguido, encarcelado, manteniendo incólume, pese a la adversidad, sus principios. De ochenta y tres años, Isabel II, de quien había sido ayo, le ciñe la corona de poeta: ocasión única, que López immortaliza en el lienzo y que sus colegas del verso cantan con alborozo. Le pueden hoy, sin embargo, los olvidos. «Yo no soy lo que fui», nos dice, de vuelta ya de muchas cosas, en su soneto «A un amigo». Y como dirigiéndome a los que luego vendrán, ávidas abejas, a hurgar en sus versos, les alienta:

*Anda, pasa adelante, en otras flores
más ricas de fragancia y más felices
pon tu dulce cuidado y tus amores*

Hagamos caso a su desesperanza a esa sabiduría que le dieran los años y los desengaños, y pasemos adelante. Pero dejemos aquí, vivo por un instante, su recuerdo. Con respecto y emoción.

Carlos MURCIANO